

LA PEDAGOGÍA DE LA EDUCACIÓN EN LA FE

JAIME PUJOL BARCELLÉS
España

I. INTRODUCCIÓN

Abordamos en estas páginas la pedagogía de la educación en la fe.

Partimos de la convicción de que todas las técnicas y procedimientos educativos se pueden aplicar a la educación en la fe, ya que ésta es una acción esencialmente educativa y exige, por tanto, aquellos medios necesarios para alcanzar una educación eficaz, aunque habrá que tener muy en cuenta la originalidad de la fe.

Pero "sería un error reducir la pedagogía catequística a una simple mediación táctica o a una cuestión de metodología. La pedagogía catequística obedece, ante todo, a un talante, a una manera de pensar y a un estilo de actuar en la acción educativa cristiana"¹. Centramos el estudio de estas páginas precisamente en señalar las grandes líneas, el marco del quehacer educativo; no abordamos el estudio pormenorizado de técnicas y procedimientos educativos.

Las ideas básicas están sacadas de los documentos de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis: *La catequesis de la comunidad y Catequesis de adultos*. Por tanto, las reflexiones que se hacen se refieren a la catequesis de la comunidad cristiana, aunque con las acomodaciones oportunas se pueden aplicar a todo el ámbito de la educación en la fe.

¹ Comisión Episcopal Española de Enseñanza y Catequesis, *Catequesis de adultos. Orientaciones pastorales* (Madrid, EDICE, 1990) n. 254.

II. LA ORIGINALIDAD DE LA PEDAGOGÍA DE LA FE

La educación en la fe se mueve, como es lógico, dentro del amplio campo de la pedagogía y de las ciencias de la educación en general. "Entre las numerosas y prestigiosas ciencias del hombre que han progresado enormemente en nuestros días —dice Juan Pablo II—, la pedagogía es ciertamente una de las más importantes. Las conquistas de otras ciencias —biología, psicología, sociología— le ofrecen aportaciones valiosas. La ciencia de la educación y el arte de enseñar son objeto de continuos replanteamientos con miras a una mejor adaptación o a una mejor eficacia, con resultados por lo demás desiguales"².

Como las otras materias, la catequesis extrae de esas ciencias los métodos, técnicas y procedimientos que utiliza. La Iglesia no ha dejado a lo largo de su historia de servirse y, en tantas ocasiones, de crear todo aquello que pudiera serle útil en su misión evangelizadora: "Es cosa normal adoptar, en beneficio de la educación en la fe, las técnicas perfeccionadas y comprobadas de la educación en general"³. Y antes había escrito el Papa: "Desde la enseñanza oral de los Apóstoles a las cartas que circulaban entre las iglesias y hasta los medios más modernos, la catequesis no ha cesado de buscar los métodos y los medios más apropiados a su misión, con la participación activa de las comunidades, bajo impulso de los Pastores. Este esfuerzo debe continuar"⁴.

Pero la pedagogía religiosa tiene una originalidad irrenunciable: la que le viene de la originalidad irreductible de la identidad cristiana, que tiene como corolario y condición una pedagogía no menos original de la fe. De ahí se deduce que es "importante tener en cuenta en todo momento la originalidad fundamental de la fe". Cuando se habla de pedagogía de la fe, no se trata de transmitir un saber humano, aún el más elevado; se trata de comunicar en su integridad la revelación de Dios"⁵. Al adoptar principios provenientes de otras ciencias se impone, en pedagogía religiosa,

² Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, Roma 16-X-1979 (Madrid, PPC, 1979) n. 58.

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*, n. 46. Cf. Pablo VI, Exhortación apostólica, *Evangelii nuntiandi*, Roma 8-XII-1975 (Pamplona, DPC, 1976) n. 40.

⁵ Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, n. 58.

señalar condiciones como, por otro lado, hacen todas las demás ciencias. Y quizás la más radical de las condiciones sea: "una técnica tiene valor en la medida en que se pone al servicio de la fe que se ha transmitir y educar, en caso contrario, no vale" ⁶.

Pero no puede pensarse que la educación en la fe cercena, limita o desvirtúa los medios que la pedagogía ofrece a los demás saberes. Esta visión negativa es falsa, pues los medios adquieren su más hondo significado cuanto están al servicio de la fe.

III. LOS RASGOS DE LA PEDAGOGÍA DIVINA

La pedagogía de la fe debe inspirarse en la propia pedagogía divina: "Dios mismo, a lo largo de la historia sagrada y principalmente en el Evangelio, se sirvió de una pedagogía que debe seguir siendo el modelo de la pedagogía de la fe" ⁷. Y llamamos "pedagogía divina a la manera con la que Dios ha conducido a Israel hacia Cristo Salvador, y al modo con el que el propio Jesús, Hijo de Dios hecho hombre, vivió la voluntad del Padre y comunicó e hizo realidad entre los hombres el Evangelio del Reino de Dios" ⁸.

Tres son los rasgos de esta pedagogía divina que podemos destacar, y que deben inspirar el estilo o talante propios de la educación en la fe: una pedagogía del don, una pedagogía de la encarnación y una pedagogía de los signos.

1. *Una pedagogía del don*

La revelación de Dios al hombre tiene carácter gratuito; la fe, que es la respuesta del hombre a Dios, es también un don de Dios al hombre. Toda la acción salvadora de Dios está bajo el signo de gratuidad. Esto lleva a que los educadores en la fase sean "dispensadores de la revelación divina. Y dado que esa revelación arranca de la complacencia de Dios

⁶ *Catechesi tradendae*, n. 58.

⁷ *Ibid.*

⁸ Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, *Catequesis de adultos*, n. 255.

hacia los hombres, entonces directamente, sois también dispensadores de aquella complacencia, de aquel amor eterno" ⁹.

Ciertamente, la misión encargada al catequista excede su propia capacidad: ser dispensador de la Palabra de Dios, dispensador del amor eterno de Dios a los hombres exige un ambiente, un clima de oración, para poder escuchar la voz de Dios. El catequista debe tratar que el catequizando "vivencie" los dones que ha recibido de Dios; que se dé cuenta de las maravillas que Dios ha realizado en su alma. Es lógico que surja entonces una plegaria de acción de gracias a Dios.

Las exigencias morales que comporta la fe se verán de forma muy diversa si se las plantea enmarcadas dentro de la "alegría del camino encontrado". Es decir, hay que presentar las obligaciones morales no como cortapisas a la propia libertad, sino como un regalo de Dios hace al hombre al darle una luz que le permite ver el camino y los obstáculos que debe sortear.

Una pedagogía que se inspira en el don de Dios hace entender toda la fe —y también las consecuencias morales que de ella se derivan— con un sentido totalmente positivo; como un regalo que Dios hace; como una luz que permite caminar, sin tantas dificultades, por el camino de la vida.

En este clima, convendrá que el catequista ayude al catequizando a experimentar el don del perdón: Dios siempre perdona de forma gratuita e incondicional; Él borra el pecado y concede la gracia, que es la misma vida divina en el hombre. Hay que llevar al educando a sorprenderse también ante la novedad de Dios, que nunca se repite y, por tanto, a que educadores y discípulos afronten la formación religiosa "sin prejuicios, sin creer de antemano lo que Dios nos va a decir" ¹⁰.

La primera característica de toda pedagogía de la fe será pues "una referencia constante a la acción del Espíritu Santo, Maestro interior que actúa en la intimidad de la conciencia y del corazón" ¹¹.

Resumiendo, la pedagogía del don, asumida por el catequista, implica, entre otras cosas ¹²:

⁹ Juan Pablo II, *Mensaje de Juan Pablo II a España* (BAC; Madrid, 1982).

¹⁰ Comisión Episcopal Española de Enseñanza y Catequesis, *La catequesis de la comunidad. Orientaciones pastorales para la catequesis en España, hoy* (Madrid, EDICE, 1983) n. 212.

¹¹ Juan Pablo II, *Catechesi tradendae*, n. 72.

¹² Cf. Comisión Episcopal Española de Enseñanza y Catequesis, *Catequesis de*

- Cultivar una actitud gratuita y comprensiva de cara a los catequizandos, no condicionada por la respuesta de estos.
- Desarrollar el oído de los educandos en la escucha a la llamada gratuita y bondadosa de Dios.
- Favorecer, para ello, un clima relajado de silencio interior.
- Impulsar constantemente a los educandos al reconocimiento de los dones recibidos.
- Fomentar la acción de gracias y tratar de ser, al mismo tiempo, don y gratuidad para los demás.

2. *Una pedagogía de encarnación*

El carácter histórico de la revelación divina sitúa a la catequesis bajo el signo de una pedagogía que asume "la historicidad del hombre"¹³. La condescendencia de Dios que se da como un rasgo clave de su revelación al hombre, se refiere, entre otras cosas, a la adaptación de Dios a la condición histórica del hombre. Es evidente que el pueblo de Israel tenía una conciencia muy clara de que Dios había hablado a personas concretas en el Antiguo Testamento: Abraham, Isaac, Jacob, David... Esta cercanía de Dios con los hombres tiene su manifestación más plena en la encarnación del Hijo de Dios, nacido de María la Virgen. Todo esto tiene unas consecuencias catequéticas.

En primer lugar el catequista deberá respetar el ritmo de cada catequizando; su ritmo personal en el proceso de maduración de su fe. Se entiende que la fe es un don que se recibe, como una semilla, que deberá ir creciendo progresivamente. En el caso de un cristiano, se crece a través de un proceso de "conversión permanente", de volver constantemente a Dios. A su vez, el catequizando deberá, como en todas las demás áreas del saber, ir conociendo paulatinamente el contenido, el mensaje cristiano. La programación del mensaje cristiano tiene muy en cuenta este punto, tratando de que los discípulos vayan conociendo, cada vez mejor, las profundidades del misterio insondable de Dios. "En este sentido, una catequesis o unos materiales catequéticos que no adecuasen, por ejemplo, el conocimiento de la fe a las posibilidades del niño, o las formas de compromiso a las situaciones de un adolescente, o que —sin respetar la

adultos, n. 257.

¹³ Cf. *Catequesis de adultos*, n. 213.

gradualidad del conocimiento— iniciase prematuramente a un adulto en una problemática teológica más propia de un momento posterior, estaría conculcando este primer principio catequético. Este respeto al ritmo concierne también a aquellos sectores sociales (deficientes, marginados...) cuyo camino hacia la fe tiene características especiales" ¹⁴.

Un segundo rasgo que brota de la historicidad es la sencillez de la pedagogía religiosa. Dios se sirve de lo cotidiano, lo normal: "Hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir" ¹⁵. Al catequista le corresponde acompañar a los discípulos en ese itinerario, haciendo descubrir ese "algo santo", "divino", que se esconde tras los acontecimientos más vulgares. La síntesis que todo catequizando debe realizar se hará partiendo de los grandes acontecimientos culturales, pero será imprescindible que se encuentre también en lo más corriente y vulgar, enseñando a los alumnos a darse cuenta que "esa caridad no hay que buscarla únicamente en los acontecimientos importantes, sino, ante todo, en la vida ordinaria" ¹⁶.

La pedagogía religiosa, si es fiel a la pedagogía divina, debe ser sencilla, asequible, aunque ciertamente hoy día la complejidad de la catequesis exige una cuidadosa preparación en campos muy diversos. La preparación de los catequistas será necesariamente distinta: diversa es la que debe tener un profesor de religión a la que debe tener un catequista parroquial o unos padres de familia. En el primer caso una verdadera preparación profesional en esa área concreta, pero en todos los casos no puede olvidarse este principio: Dios se revela a los hombres con sencillez, y esa misma actitud divina hay que saber transmitir a los educandos.

Un tercer rasgo, muy importante a nuestro parecer, brota de la condescendencia divina: Dios quiere hacer al hombre colaborador activo de los propios hechos de la salvación. La pedagogía religiosa, siguiendo esta pedagogía divina, suscitará a su vez la actividad y la creatividad de los educandos. Analicemos despacio estos puntos.

¹⁴ *Catequesis de adultos*, n. 214.

¹⁵ J. Escrivá de Balaguer, *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer* (Madrid, Rialp, ¹⁴1965 n. 115.

¹⁶ Corolario Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 38.

a) La actividad o participación del educando.

En estos momentos es evidente que todos los catequistas están de acuerdo en afirmar la importancia que tiene la actividad o participación del educando en su propio proceso formativo. El catequizando debe ser el protagonista, el centro del proceso catequético.

Se puede afirmar que el "desarrollo del movimiento catequético ha pasado por tres períodos principales. Comenzamos por la necesidad de renovar el método de la instrucción religiosa en la escuela y en la parroquia, aplicando a la catequesis las conclusiones formuladas cada vez con más fuerza por la pedagogía contemporánea y por la ciencia de la educación: el método inductivo, el principio de la actividad, la utilización de modernos recursos didácticos, etc." ¹⁷ Los otros dos períodos que señala en su discurso el Cardenal John Wright son: la renovación de los contenidos, debido principalmente al movimiento kerigmático, y el esfuerzo por la formación de los profesores y catequistas.

Todo el fervor renovador con que el activismo entró en el mundo escolar no podía dejar de influir profundamente en la catequesis. Son muchos los autores católicos que ya desde los primeros momentos trabajaron con el así denominado "movimiento activo" y, sobre todo a partir de 1930, muchos incorporaron los métodos activos a la catequesis y a la formación religiosa en general. Sólo por citar algunos, Marie Fargues, Helène Lubienska de Lenval, Françoise Derkenne, C. Quinet, André Boyer... y en España merecen citarse don Andrés Manjón, don Manuel González, don Daniel Llorente, etc. ¹⁸

Así lo resumía el Cardenal John Wright, antes citado: "Nadie ignora que el movimiento catequético contemporáneo surgió como respuesta a una situación que resultaba cada vez más inaceptable: una catequesis que era excesivamente idealista y abstracta, que se encontraba en la expresión de una fórmula catequética, que ignoraba o no tomaba en suficientemente consideración la capacidad de asimilación de los niños y jóvenes; una catequesis aislada del contexto general de la actividad pastoral en la Iglesia y que no alcanzaba, o alcanzaba de manera inadecuada, el mundo de los

¹⁷ J. Wright, "La cuestión de la catequesis contemporánea", en *La Iglesia, esperanza del mundo* (Herder, Barcelona, 1975) 76.

¹⁸ P. Ranwez, *Aspects contemporains de la pastorale de l'enfance* (Paris, Vitrail, 1950)

adultos. Setenta años de esfuerzos y de reflexión han hecho avanzar notablemente la eliminación de estos defectos de la catequesis" ¹⁹.

El mismo *Directorio* decía que "la dimensión activa en la catequesis está en plena conformidad con la economía de la revelación y de la salvación. Una pedagogía que favorece una respuesta activa de los catequizando, es conforme al estado ordinario de la vida cristiana, en la cual los fieles responden activamente al don de Dios por medio de la oración, de la participación de los sacramentos y de la Sagrada Liturgia, por el compromiso eclesial y social y por el ejercicio de la caridad" ²⁰.

Es evidente que el paso ha sido grande y que son abundantes los resultados positivos que se pueden atribuir a todo este movimiento en la catequesis. Muchas técnicas, procedimientos y materiales procedentes del activismo son empleados hoy en la enseñanza y en la formación religiosa en todas sus formas.

Sin embargo, conviene señalar también el reverso de la medalla. En gran parte —ya desde sus inicios— debido quizás a la precipitación del momento, se aceptaron en el campo de la catequesis y de la formación religiosa algunos principios de este movimiento sin darse cuenta exactamente de las premisas que los sustentaban. Silvio Riva señala las siguientes observaciones críticas que pueden tenerse en consideración también hoy día ²¹:

— La educación religiosa aceptó el principio del "puerocentrismo" traspasando su interés de la doctrina al hombre, del objeto al sujeto, olvidándose casi por completo de la estrecha correlación que entre estos dos factores debe darse en la educación.

— Acogió con entusiasmo la teoría de la actividad como elemento primario y absoluto del aprendizaje religioso, adoptando también cierta repulsa del carácter intelectual de la catequesis, cuya misión es dar el conocimiento de la verdad, como materia prima de la vida de fe.

— Redujo excesivamente la función del profesor, hasta colocarlo en el papel de un mero asistente, poniendo en el vértice de la acción didáctica

¹⁹ J. Wright, *a. c.*, 76.

²⁰ Congregación del Clero, *Directorio general de la catequesis*, 11-IV-1971 (Madrid, Secretariado Nacional de Catequesis, 1973) n. 75.

²¹ S. Riva, *Catequética pastoral. Orientaciones actuales* (Salamanca, Sígueme, 1966) 55-66.

al alumno, que se convertía de este modo en el condicionador del profesor y casi en un maestro de su propio profesor.

— Redujo excesivamente la función del profesor, hasta colocarlo en el papel de un mero asistente, poniendo en el vértice de la acción didáctica al alumno, que se convertía de este modo en el condicionador del profesor y casi en un maestro de su propio profesor.

— La teología se vio menospreciada en la preparación de los profesores y catequistas, dándose más importancia a otras disciplinas profanas. Cuando se utilizaba alguna de tipo religioso, por ejemplo, la liturgia, se la tomaba únicamente en sus elementos intuitivos y escénicos, en su mímica y en su contenido estético. Del campo profano, puede observarse una sobrevaloración del papel de la psicología, sociología y, en general, de las llamadas ciencias humanas.

El principio de la actividad, que justamente ha de tenerse en cuenta la catequesis, debe aplicarse siempre dentro de los límites que le señala la pedagogía de la fe.

b) La creatividad en la formación religiosa.

Se suele situar en el año 1950 la irrupción en Pedagogía de la creatividad. Es por tanto un concepto joven que en estos momentos trata de definir su alcance y aplicabilidad. Ya en 1971 el *Directorio* hablaba de "la actividad o creatividad que hay que despertar en los catequizandos", identificando ambos conceptos²².

En 1983, parafraseando al *Directorio*, se señala en *La catequesis de la comunidad* que "a la actividad propia del acto de fe, hay que añadir la creatividad propia del mismo proceso catequético (sobre todo con jóvenes y adultos) y que orientará —fundamentalmente— hacia la búsqueda de un lenguaje más adaptado de la fe y hacia una investigación común que consiste en explorar las relaciones y vínculos que se dan entre el contenido del mensaje cristiano —que siempre es norma de fe y de acción— y las experiencias del grupo"²³.

Es claro que el hombre no debe "crear" ni "inventar" la fe. Pero Dios quiere que se asocie libremente a su amoroso plan de salvación. Dentro

²² Congregación del Clero, *Directorio general de la catequesis*, n. 75.

²³ Comisión Episcopal Española de Enseñanza y Catequesis, *La catequesis de la comunidad*, n. 216.

de los amplios límites que esto tiene, el hombre, con originalidad y siempre fiel a las verdades de la fe, debe encontrar y llevar adelante su propio proyecto de vida.

Resumiendo este rasgo que hemos denominado "pedagogía de la encarnación", podemos señalar que comporta una cercanía con los educandos y que, entre otras cosas, debe ²⁴: *respetar* su ritmo personal, estando atentos a los momentos de gracia de cada uno así como a los posibles bloqueos o resistencias; *referir* constantemente la Palabra de Dios a las experiencias humanas más importantes, de las que participan los catequizandos. Esta referencia concreta es vital para la catequesis, pues "entre el Evangelio y la experiencia humana hay un lazo indisoluble, ya que aquél se refiere al sentido último de la existencia para iluminarla, juzgarla y transfigurarla" ²⁵; *fomentar* la creatividad en los educandos, confiando en las posibilidades de estos para asumir el proceso de maduración en la fe; *buscar* un lenguaje adaptado, que resulte significativo para los adultos y de esta forma facilitarles el acceso al mensaje cristiano.

3. *Una pedagogía de los signos*

"La característica propia del conocimiento de la fe es la de ser un conocimiento por medio de *signos*" ²⁶. El carácter trascendente del misterio de Dios y de la salvación da a la pedagogía de la fe el carácter de ser una pedagogía de los signos. Dos cuestiones nos plantea este punto: la necesidad de un lenguaje significativo y el método inductivo y deductivo.

a) El lenguaje en la formación religiosa.

El catequista debe encontrar el lenguaje adecuado a sus oyentes. En este tema señala Juan Pablo II cómo la catequesis "tiene el deber imperioso de encontrar el lenguaje adaptado a los niños y a los jóvenes de nuestro tiempo en general, y a otras muchas categorías de personas: lenguaje de los estudiantes, de los intelectuales, de los hombres de ciencia; lenguaje

²⁴ Cf. Comisión Episcopal Española de Enseñanza y Catequesis, *Catequesis de adultos*, n. 259.

²⁵ Comisión Episcopal Española de Enseñanza y Catequesis, *La catequesis de la comunidad*, n. 222.

²⁶ Congregación del Clero, *Directorio general de catequesis*, n. 72.

de los analfabetos, o de las personas de cultura primitiva; lenguaje de los minusválidos, etc." ²⁷

Pero señala a continuación como "no está de más recordarlo aquí: la catequesis no puede aceptar ningún lenguaje que, bajo el pretexto que sea, aun supuestamente científico, tenga como resultado desvirtuar el contenido del *Credo*. Tampoco es admisible un lenguaje que engañe o seduzca. Al contrario, la ley suprema es que los grandes progresos realizados en el campo de la ciencia del lenguaje han de poder ser utilizados por la catequesis para que ésta pueda "decir" o "comunicar" más fácilmente la niño, al adolescente, a los jóvenes y a los adultos de hoy todo su contenido doctrinal sin deformación" ²⁸.

b) El método deductivo e inductivo.

Desde un punto de vista lógico, el método inductivo es aquel que procede de los hechos a la ley, de lo concreto a lo abstracto, de lo particular a lo general, del caso a la regla, del efecto a la causa. El deductivo, en cambio, sigue el procedimiento inverso: desciende de los principios a los hechos, de lo abstracto a lo concreto, de lo universal a lo particular.

En la formación religiosa —y especialmente en la catequesis— el método deductivo ha sido profusamente aplicado. Se trataba de partir del enunciado de una tesis teológica o concepto y por deducción, mediante la presentación de pruebas particulares sacadas de la Sagrada Escritura, doctrina de los Padres de la Iglesia, textos de la Liturgia y del Magisterio, etc., llegar a sus consecuencias y corolarios ²⁹. Una acentuación de esta forma de proceder llevaba, en ocasiones, a una mera explicación literal de las fórmulas del catecismo. Se llegaba a un cierto formalismo.

Mostrando la evolución metodológica en la formación religiosa desde 1900 a 1950, señala P. Ranwez cómo el primer cambio fue el paso del método deductivo al inductivo. Procedente de discípulos de Herbart, se introdujo en la catequesis el llamado "método psicológico", originado en el seno del llamado Movimiento de Munich, que supuso dentro de la

²⁷ Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, n. 59.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ P. Ranwez, *o. c.*, 39.

catequesis un enfoque nuevo y se presentaba con una estructura metodológica muy definida³⁰.

En el *Directorio* se puede leer: "El llamado método inductivo ofrece grandes ventajas. Este método consiste en la presentación de los hechos (acontecimientos bíblicos, actos litúrgicos, la vida de la Iglesia y la vida cotidiana), considerándolos y examinándolos atentamente a fin de descubrir en ellos el significado que pueden tener en el misterio cristiano. Este método es conforme con la economía de la revelación; corresponde además a una de las más profundas instancias del espíritu humano, que es la de llegar al conocimiento de las cosas inteligibles por las cosas visibles y conforme también con la característica del conocimiento de fe, que es conocimiento por medio de signos"³¹.

Recordando estas ideas, en la *Catequesis de la comunidad* que resaltará la importancia que puede tener este método en la pedagogía de la fe, de forma que partiendo de los hechos, se abra al misterio. Se dará mucha importancia a lo concreto, a lo histórico, pero para penetrar mejor en el misterio³².

Pero, el "método inductivo no excluye, antes bien exige el método deductivo, que explica y describe los hechos procediendo de su causa. Pero la síntesis deductiva tendrá pleno valor sólo cuando se haya hecho el proceso inductivo"³³. Debe existir pues un carácter complementario entre ambos métodos. Un uso exclusivo del método inductivo podría entrañar el peligro de quedarse encerrado en su consideración fenomenológica. En efecto, una mera descripción de las preocupaciones del hombre de hoy se quedaría en un nivel de fenomenología que no llegaría a la verdad revelada.

Utilizar el método inductivo no debe llevar "en manera alguna —recuerdo de nuevo el *Directorio*— al olvido de la necesidad y de la utilidad de las fórmulas"³⁴. A su vez, es preciso que el catequista esté especialmente atento y bien preparado para que, en ese camino inductivo, los

³⁰ G. Groppo, *Teologia dell'educazione. Origine, identità, compiti* (Roma 1991)

³¹ Congregación del Clero, *Directorio general de la catequesis*, n. 72.

³² Comisión Episcopal Española de Enseñanza y Catequesis, *La catequesis de la comunidad*, n. 218-219.

³³ Congregación del clero, *ibíd.*

³⁴ *Ibíd.*

alumnos lleguen a las metas deseadas y no se desvíen. Su misión será esclarecer los términos, preparar al oyente, etc.

Resumiendo la pedagogía de los signos, el catequista deberá procurar, entre otras cosas³⁵: *iniciar* a los catequizandos en el lenguaje de los símbolos y de los signos; es esencial a la educación en la fe el paso del signo al misterio; *propiciar*, aunque no de modo exclusivo, el método inductivo; *enseñar* a leer e interpretar los signos de los tiempos, tratando de descubrir en ellos la presencia y los planes de Dios; *dejarse* interpelar por el testimonio de tantos creyentes que muestran, con su vida evangélica, la acción del Espíritu en ellos. La referencia a la vida de los santos es esencial para la educación en la fe.

Concluyendo este apartado, podemos decir que "para interiorizar resta pedagogía dividida, presente en la historia de la salvación y para adquirir el talante educativo que necesita la catequesis, el medio más conveniente para un catequista es la lectura cotidiana y la meditación constante de la sagrada escritura, tan recomendada por el Concilio (Cf. DV 72)³⁶.

IV. UNA PEDAGOGÍA RELIGIOSA INTEGRADORA. ELEMENTOS DEL ACTO CATEQUÉTICO

Una característica central de toda educación en la fe es su carácter *integral*. Con la catequesis se trata, en efecto, de que sea "el hombre entero el que se entregue a Dios y educa, para ello, en todas las dimensiones de la fe (cognoscitiva, litúrgica, moral y apostólica)"³⁷. Concebir la catequesis como una educación integral está exigiendo una "pedagogía integradora ciertamente más compleja, pero más rica y vital"³⁸.

Es aceptado comúnmente que en todo *acto catequético* se integran tres elementos: la *experiencia* —humana y cristiana— del educando; la *Palabra de Dios*, contenida en la Sagrada Escritura y en la Tradición; la *expresión*

³⁵ Cf. Comisión Episcopal Española de Enseñanza y Catequesis, *Catequesis de adultos*, n. 261.

³⁶ *Ibíd.*, n. 262.

³⁷ *Ibíd.*, n. 263.

³⁸ *Ibíd.*

de la fe, en sus diversas formas: confesiones de fe, celebración y compromiso.

El centro del acto catequético es sin duda la Palabra de Dios; sin un estudio y reflexión sobre lo que Dios dice al hombre no puede haber educación de la fe. Pero "esta Palabra de Dios incide en el terreno de la experiencia humana y, en virtud del poder fecundante del Espíritu, produce su fruto en el corazón del hombre, que se exterioriza mediante la expresión de la fe, en forma de confesión, celebración y compromiso" ³⁹.

1. *La experiencia humana y cristiana*

Cuando hablamos de experiencia humana nos estamos refiriendo al conjunto de relaciones, proyectos, acontecimientos y valores que vive una persona o un grupo. Como es lógico, habrá experiencias más importantes y nucleares, que convendrá iluminar de forma más profunda y que influirán poderosamente en la educación cristiana de los sujetos.

Dentro del proceso de la catequesis la experiencia humana entra por derecho propio: "no es una concesión a una corriente pedagógico o una moda metodológica. La misma naturaleza de la catequesis requiere que el anuncio del Evangelio, para ser percibido como mensaje de salvación, incida en la experiencia humana, ya sea para iluminarla, para interpretarla o para transformarla" ⁴⁰.

En el *Directorio*, al hablar de las finalidades de la catequesis se señalaba, en quinto lugar, como una de sus tareas era la de "enseñar a los fieles a interpretar cristianamente las realidades humanas, sobre todo los signos de los tiempos, de tal manera que todos 'logren examinar e interpretar todo con íntegro espíritu cristiano'(GS n. 62)" ⁴¹. En los números anteriores el *Directorio* señala, como finalidades de la catequesis: el acceso al don divino de la *gratiae fidei* (n. 22); el incremento de la caridad teológica (n. 23); la *cognitio fidei* (n. 24); la participación en la oración litúrgica y privada (n. 25).

³⁹ Comisión Episcopal Española de Enseñanza y Catequesis, *Catequesis de adultos*, n. 264.

⁴⁰ *Ibid.*, n. 265.

⁴¹ Congregación del Clero, *Directorio general de la catequesis*, n. 26.

Que la experiencia humana y cristiana tenga este papel en el acto catequético se debe al hecho de que el hombre es capaz de acoger la Palabra de Dios; puede responder a Dios que le ofrece la salvación. Hay una correlación vital entre Dios que habla y el hombre que escucha.

Si las cosas se hacen correctamente, no debe haber oposición entre el mensaje cristiano y la experiencia humana: "No hay que oponer una catequesis que arranque de la vida a una catequesis tradicional, doctrinal y sistemática. La auténtica catequesis es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la revelación que Dios mismo ha hecho al hombre, en Jesucristo, revelación conservada en la memoria profunda de la Iglesia y en las Sagradas Escrituras y comunicada constantemente, mediante una *traditio* viva y activa, de generación en generación. Pero esta revelación no está asilada de la vida ni yuxtapuesta artificialmente a ella. Se refiere al sentido último de la existencia y la ilumina, ya para inspirarla, ya para juzgarla, a la luz del Evangelio" ⁴².

Teniendo en cuenta estas ideas, podemos señalar las tres funciones que puede desempeñar la experiencia humana en la catequesis ⁴³:

1. Orientar la atención de los hombres hacia sus experiencias de mayor importancia, tanto personales como sociales; es igualmente tarea suya plantear, a la luz del Evangelio, los interrogantes que surgen de tales situaciones, de forma que estimule en los mismos hombres un justo deseo de transformar la propia conducta.

2. Favorecer la inteligibilidad del mensaje cristiano. Siguiendo la pedagogía divina, que habló al hombre con imágenes y experiencias tomadas de la vida humana, la experiencia puede servir para explorar y asimilar las verdades contenidas en el depósito de la revelación.

3. Iluminar la experiencia con la luz de la revelación. En este sentido, la experiencia es como un objeto que el educador en la fe debe interpretar e iluminar. El Evangelio es el que da sentido a las experiencias del hombre; el que descubre, en último extremo, donde está el verdadero sentido y la explicación última y radical de su vida.

A lo largo de la catequesis es como la experiencia humana se va convirtiendo en experiencia cristiana, en virtud de la fuerza de la Palabra de Dios.

⁴² Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, n. 22.

⁴³ Cf. Congregación del Clero, *Directorio general de la catequesis*, n. 74.

2. *La Palabra de Dios*

La catequesis debe extraer su contenido de la "fuente de la Palabra de Dios", transmitida mediante la Tradición y la Escritura y confiado como un depósito sagrado a la Iglesia. "La enseñanza, la liturgia y la vida de la Iglesia surgen de esta fuente y conducen a ella, bajo la dirección de los Pastores y concretamente del Magisterio doctrinal que el Señor les ha confiado"⁴⁴. La catequesis es un servicio al ministerio de la Palabra de Dios.

Parece evidente que la "Palabra de Dios ilumina todo el acto catequético y es el elemento que da conexión a todos los demás"⁴⁵. Se trata de educar la fe, que es, lo repetimos de nuevo, la respuesta que el hombre da a la Palabra de Dios, ayudado por la gracia divina.

Esta Palabra de Dios se contiene en la Sagrada Escritura y en la Tradición y por eso es necesario poner al catequizando en contacto con esas fuentes, enseñándole a leer e interpretar la Sagrada Escritura y a entender también los tesoros de la Tradición, los documentos de la fe. De ahí que se pueda decir que "el primer lenguaje de la catequesis es la Escritura y el Símbolo. En esta línea, la catequesis es una auténtica introducción a la *lectio divina*, es decir, a la lectura de la Sagrada Escritura hecha 'según el Espíritu', que habita en la Iglesia"⁴⁶. Es enseñar a leer la Escritura según la ha leído y la lee la Iglesia.

Junto a la Sagrada Escritura está el catecismo oficial, donde la Iglesia recoge "aquellos documentos de la fe que considera fundamentalmente para unos destinatarios determinados y un tiempo determinado. Al proponer a los creyentes esa riqueza de la tradición, y hacerlo de manera autorizada y auténtica, la Iglesia ofrece a las comunidades cristianas un conjunto que constituye 'regla de fe' y orientación básica para la catequesis"⁴⁷.

De ahí que en uno de los últimos catecismos oficiales de la Conferencia Episcopal Española se diga que "la catequesis o enseñanza viva de la

⁴⁴ Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, n. 27.

⁴⁵ Comisión Episcopal Española de Enseñanza y Catequesis, *La catequesis de la comunidad*, n. 228.

⁴⁶ Sínodo de los Obispos de 1977, *Mensaje al pueblo de Dios*, n. 9.

⁴⁷ Comisión Episcopal Española de Enseñanza y Catequesis, *Catequesis de adultos*, n. 266.

Iglesia entrega a los cristianos lo más importante de la herencia de los Apóstoles. Los obispos y sus colaboradores transmiten esa herencia apostólica a vosotros, cristianos más jóvenes, cuando os comunican el símbolo Apostólico, la Plegaria Eucarística, el Padrenuestro, y los Mandamientos del Señor. El libro que llamamos Catecismo recoge estos textos fundamentales: contienen la misma fe de los Apóstoles" ⁴⁸.

El catecismo, por tanto, no agota todos los elementos que deben concurrir al acto catequético, pero es elemento de fundamental referencia; desempeña un papel esencial ⁴⁹. Ya el *Directorio* decía que "ha de concederse la mayor importancia a los catecismos publicados por la autoridad eclesiástica. Su fin es proporcionar un compendio práctico de los documentos de la revelación y de la Tradición cristiana y los principales elementos que deben servir para la actividad catequística, es decir, para la educación personal de la fe" ⁵⁰.

3. La expresión de la fe

Parece claro que toda catequesis debe conducir a la expresión de esa fe: "La fe, que penetra y transforma la totalidad de la personalidad del creyente, se expresa mediante la profesión o proclamación de la misma, la celebración y el compromiso cristiano, que son el corolario constante que acompaña, de manera ininterrumpida, todo el proceso de catequización" ⁵¹.

Las modalidades en que se expresa son muy variadas. Pero se pueden resaltar especialmente tres ⁵²:

- La confesión o la profesión de la fe, hecha por medio del corazón, memoria, inteligencia y voluntad.
- La celebración de la fe, especialmente en la expresión litúrgica y en la vida con los demás.

⁴⁸ Conferencia Episcopal Española, *Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia. Tercer Catecismo de la Comunidad Cristiana* (Madrid, EDICE, 1987) 86.

⁴⁹ Cf. Comisión Episcopal Española de Enseñanza y Catequesis, *La catequesis de la comunidad*, n. 233.

⁵⁰ Congregación del Clero, *Directorio general de la catequesis*, n. 119.

⁵¹ Comisión Episcopal Española de Enseñanza y Catequesis, *La catequesis de la comunidad*, n. 234.

⁵² Cf. Comisión Episcopal Española de Enseñanza y Catequesis, *Catequesis de adultos*, n. 266.

— El compromiso en lo que se confiesa y celebra, que lleva a comunicar a los demás hombres el don de la fe recibida y a colaborar activamente en la instauración del Reino de Dios en el mundo; es decir, un verdadero testimonio de vida cristiana.

Cuando al principio de este apartado hablábamos de una pedagogía integradora nos referíamos precisamente a esa pedagogía que busca una interacción entre todos los elementos que intervienen en todo acto catequético o en el mismo proceso de educación en la fe, y que son: las experiencias vitales, la Palabra de Dios, la celebración y la oración, el compromiso apostólico y el espíritu comunitario. No es tan importante el orden de todos estos elementos cuanto su presencia a lo largo de todo el proceso, pues lo que interesa es que vaya madurando la fe en la "línea de una confesión cada vez más madura de la misma, más arraigada en la Escritura y más significativa para su vida" ⁵³.

Convendrá señalar, finalmente, una última idea: la necesidad de una pedagogía religiosa diferenciadora en la educación en la fe. Se lee en *Catechesi tradendae*: "La edad y el desarrollo intelectual de los cristianos, su grado de madurez eclesial y espiritual y muchas otras circunstancias personales postulan que la catequesis adopte métodos muy diversos para alcanzar su finalidad específica: la educación en la fe" ⁵⁴. Ciertamente es un logro de todo el movimiento catequético el haber elaborado "una metodología diferencial, por edades, condiciones sociales y grado de madurez psíquica de los catequizandos" ⁵⁵.

⁵³ Comisión Episcopal Española de Enseñanza y Catequesis, *La catequesis de la comunidad*, n. 235.

⁵⁴ Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, n. 51.

⁵⁵ Congregación del Clero, *Directorio general de la catequesis*, n. 70.